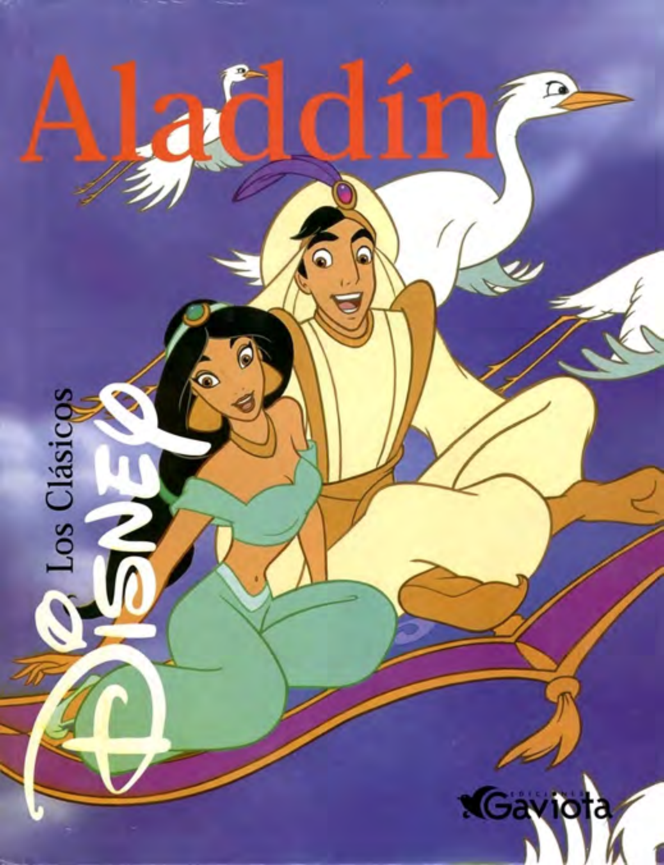
Aladdín



Los Clásicos Disney

Ediciones Gaviota

Aladdín

Ediciones Gaviota

—Buenas tardes, amigos. Bienvenidos a Agrabah, la ciudad del misterio y el encanto —dijo un hombre que acababa de llegar montado en un camello—. Permitidme que os cuente la historia de una extraordinaria lámpara y de un joven no menos extraordinario. La historia comienza una noche oscura bajo un cielo estrellado…

En lo alto de una duna, un hombre montado a caballo dominaba la inmensidad del desierto. Iba vestido de negro y llevaba un gran turbante. En su hombro estaba posado un loro.
De pronto apareció otra figura.
—Llegas tarde, Gazim —dijo el jinete negro.
—Lo siento, Yafar —contestó el otro casi sin aliento.
—Bien —continuó Yafar con impaciencia—, ¡entrégame la mitad del medallón!
—¡Un momento! —dijo Gazim—. ¡Antes dame mi parte del tesoro!

Inmediatamente, Iago, el loro de Yafar, quitó a Gazim la mitad del medallón y la puso en manos de su amo. Yafar juntó las dos mitades y el medallón en forma de escarabajo comenzó a brillar en medio del desierto. Luego, el escarabajo echó a volar sobre las dunas despidiendo una extraña luz.
Yafar y Gazim corrieron tras él.
—¡Deprisa! —gritó el primero—. Debemos seguir al escarabajo a la Cueva de las Maravillas.

Tras un rápido vuelo, el escarabajo cayó en la arena a los pies de una gran cabeza de tigre con los ojos resplandecientes. Sus mandíbulas abiertas sobresalían en las dunas.

—¡Por fin… después de tantos años de búsqueda! —exclamó Yafar—. ¡La Cueva de las Maravillas!

—¡Aaak! ¡La Cueva de las Maravillas! —repitió Iago.

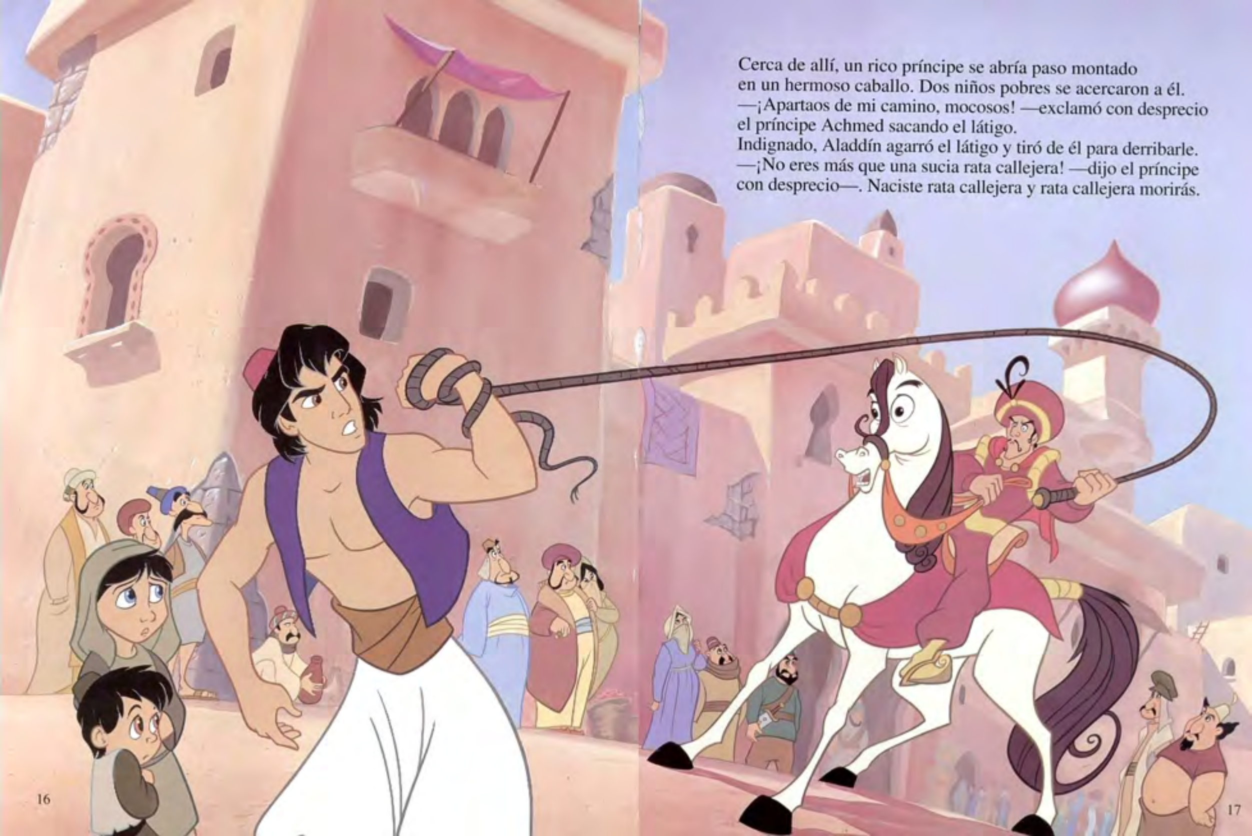
—Encuentra la lámpara que está en la Cueva y la mitad del tesoro será tuyo —dijo Yafar a Gazim.
Aterrorizado, Gazim entró por la boca del Tigre. De pronto se oyó una voz terrible.
—¡Escucha atentamente! —dijo la voz—. Sólo puede entrar aquel cuya nobleza se oculte en su interior…, un diamante en bruto.
Las mandíbulas del Tigre se cerraron y Gazim desapareció para siempre en el interior de la Cueva de las Maravillas.
—Bueno… —dijo Yafar secamente—, está claro que debo encontrar ese diamante en bruto.

Al día siguiente, en la ciudad de Agrabah, los guardias
del Sultán perseguían a un joven que había robado una barra de pan.
—¡Detente, ladrón! —gritaban los guardias mientras el muchacho saltaba
con agilidad por los tejados y se descolgaba de tendedero
en tendedero.
Se llamaba Aladdín y conocía Agrabah como la palma de la mano.

Con la ayuda de su mono, Aladdín burló a los guardias. Corrió por aquí y por allá entre casas y tiendas, subió y bajó escaleras, recorrió callejuelas y terrazas…. Finalmente encontraron un buen escondite y se detuvieron a descansar sin dejar de observar la actividad del mercado. Aunque tuvieran mucha hambre, Aladdín y Abu, el monito, siempre estaban dispuestos a compartir su comida con los menos afortunados.

—Recuerda, Abu —dijo Aladdín—: da y recibirás.

Cerca de allí, un rico príncipe se abría paso montado en un hermoso caballo. Dos niños pobres se acercaron a él.
—¡Apartaos de mi camino, mocosos! —exclamó con desprecio el príncipe Achmed sacando el látigo.
Indignado, Aladdín agarró el látigo y tiró de él para derribarle.
—¡No eres más que una sucia rata callejera! —dijo el príncipe con desprecio—. Naciste rata callejera y rata callejera morirás.



Al llegar a su humilde casa del barrio pobre de la ciudad, a Aladdín aún le dolían las duras palabras del príncipe.

—No soy una rata callejera —dijo a Abu.

Mientras contemplaba con ojos soñadores el palacio del Sultán que se veía a lo lejos, se preguntó cómo se viviría en un lugar tan lujoso.

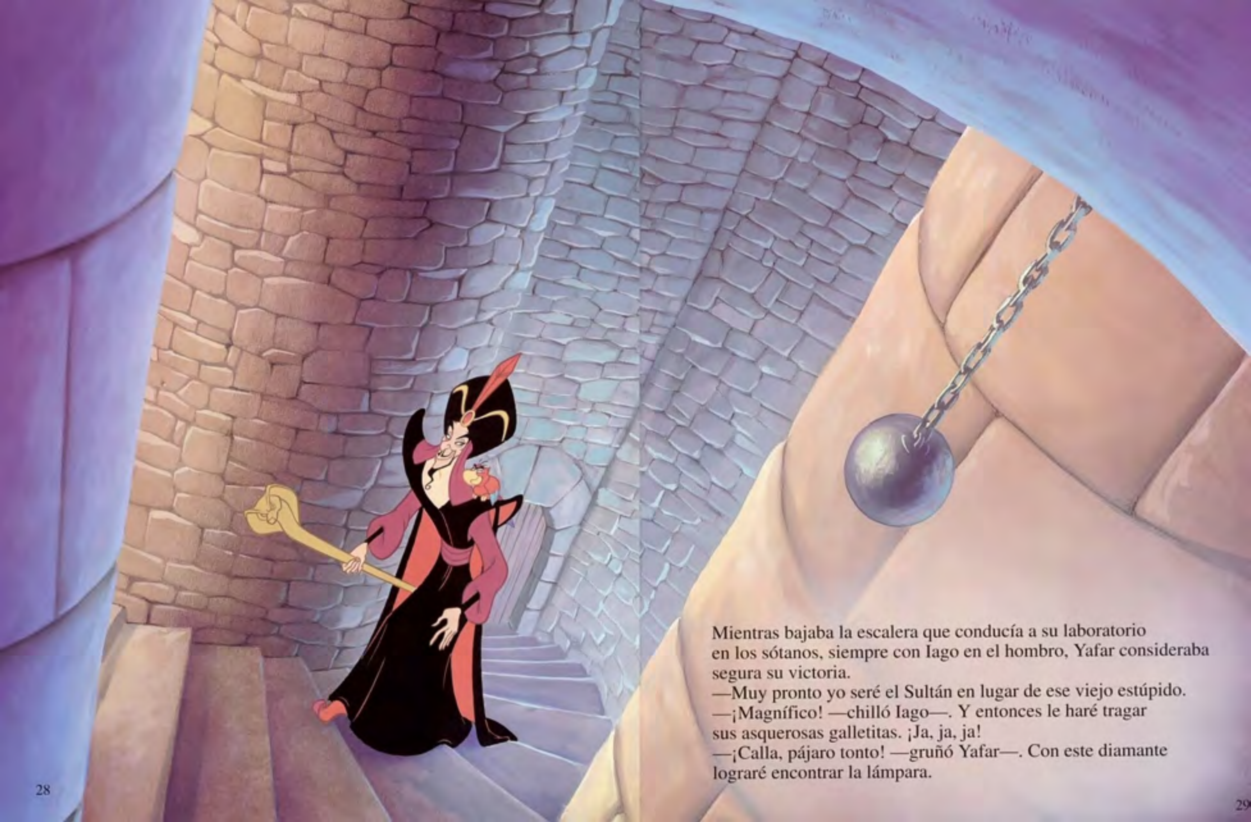
En ese momento, en el interior del palacio, el Sultán regañaba a su hija por haber despreciado a otro pretendiente.
—Yasmín, la ley establece que debes casarte antes de tu próximo cumpleaños —dijo levantando el dedo índice—.
¡Y sólo faltan tres días!
—Pero, papá… —protestó Yasmín mientras acariciaba la cabeza de su tigre, Rajá—, ¿cómo puedes pedirme que me case con el príncipe Achmed si no le amo?

La pobre Yasmín se sentía prisionera en el interior del lujoso palacio. Para ella era como una jaula dorada. ¡Cómo le gustaba liberar a los pajarillos de sus jaulas y ver cómo volaban felices hacia la libertad!

—Ojalá fuera libre como vosotros… —suspiró mientras las aves surcaban el cielo.

El Sultán paseaba de un lado a otro en sus habitaciones, preocupado por no haber podido convencer a Yasmín de la urgente necesidad de escoger un príncipe.
—No sé a quién ha salido —dijo contemplando sus juguetes—. Su madre no era tan exigente.
De pronto, una sombra inesperada le sobresaltó.
—Ah, eres tú, Yafar —dijo aliviado—, mi más leal consejero.
—Tal vez yo pueda ayudarte a encontrar el pretendiente ideal para Yasmín —dijo Yafar procurando ser amable—. ¡Pero necesitaré tu diamante azul!
El Sultán se mostró poco dispuesto a ceder su precioso anillo.
—Mi familia lo lleva desde hace años —protestó débilmente.

Entonces Yafar comenzó a hipnotizarle
con su báculo en forma de serpiente.
—No te preocupes —le tranquilizó—.
Todo saldrá bien.
El Sultán, con los ojos vidriosos,
entregó a Yafar el anillo sin saber
lo que hacía.



Mientras bajaba la escalera que conducía a su laboratorio en los sótanos, siempre con Iago en el hombro, Yafar consideraba segura su victoria.

—Muy pronto yo seré el Sultán en lugar de ese viejo estúpido.

—¡Magnífico! —chilló Iago—. Y entonces le haré tragar sus asquerosas galletitas. ¡Ja, ja, ja!

—¡Calla, pájaro tonto! —gruñó Yafar—. Con este diamante lograré encontrar la lámpara.

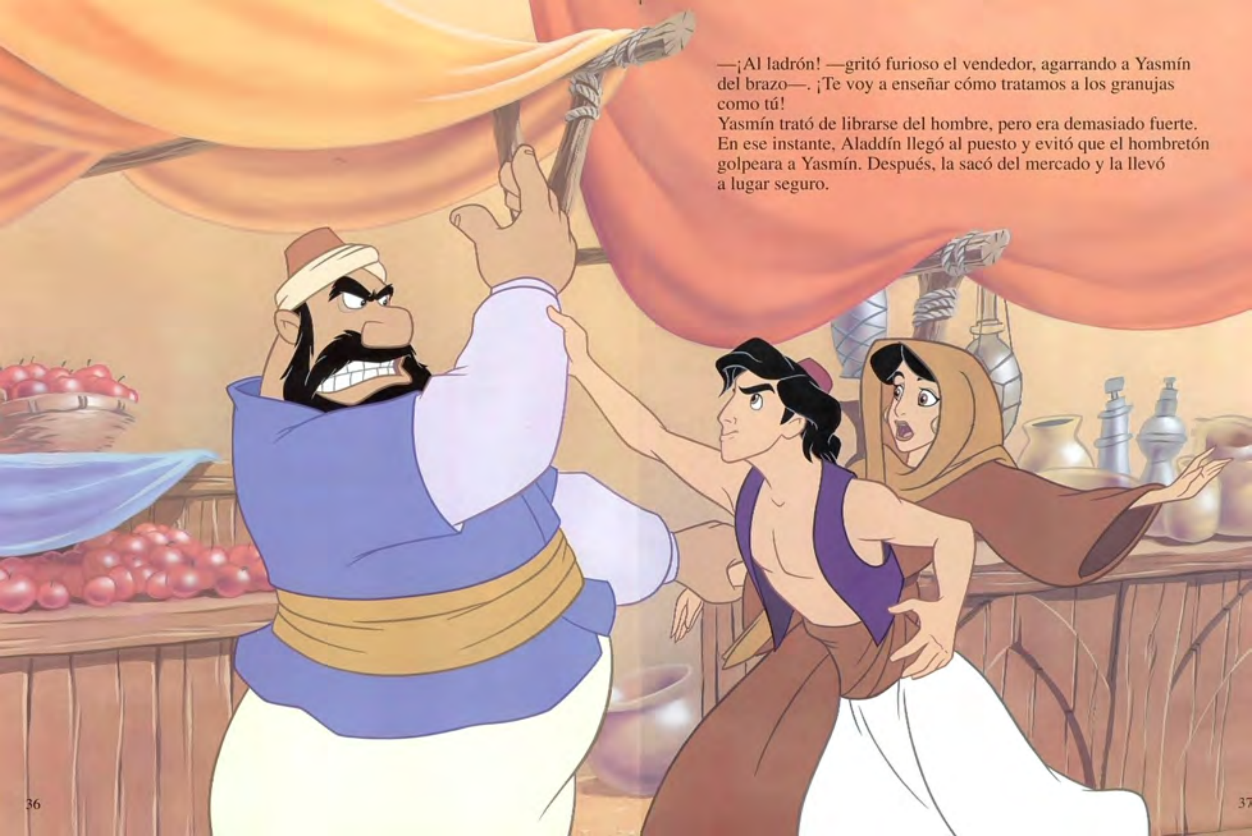
Aquella noche, en el jardín de palacio, vestida con ropas humildes, Yasmín se disponía a escapar de palacio en busca de libertad. Su queridísimo amigo Rajá, que no podía ocultar la tristeza que le causaba su marcha, la ayudó.

—Oh, Rajá, lo siento —le dijo abrazándolo—. Yo también te echaré de menos, pero no puedo quedarme aquí y permitir que los demás dirijan mi vida.

A la mañana siguiente, en el mercado, Aladdín y Abu «pescaron» con habilidad el desayuno de uno de los puestos de frutas. Aladdín estaba saboreándolo y hablando con Abu cuando vio a Yasmín paseando por el mercado. Los vendedores le ofrecían sabrosos dátiles, higos y otras deliciosas frutas.

—¡Cielos! —suspiró—. ¡Qué muchacha tan bella!

Yasmín vio a un niño hambriento junto a uno de los puestos de fruta y, sin pensarlo dos veces, le dio una manzana del puesto.
—Toma…, debes estar muerto de hambre —dijo.
—Ahora, págame —exclamó el vendedor.
—Lo siento, señor, pero no tengo dinero —dijo Yasmín.
Hasta entonces nunca había necesitado pagar nada, así que no sabía nada del dinero.



—¡Al ladrón! —gritó furioso el vendedor, agarrando a Yasmín del brazo—. ¡Te voy a enseñar cómo tratamos a los granujas como tú!
Yasmín trató de librarse del hombre, pero era demasiado fuerte. En ese instante, Aladdín llegó al puesto y evitó que el hombretón golpeara a Yasmín. Después, la sacó del mercado y la llevó a lugar seguro.

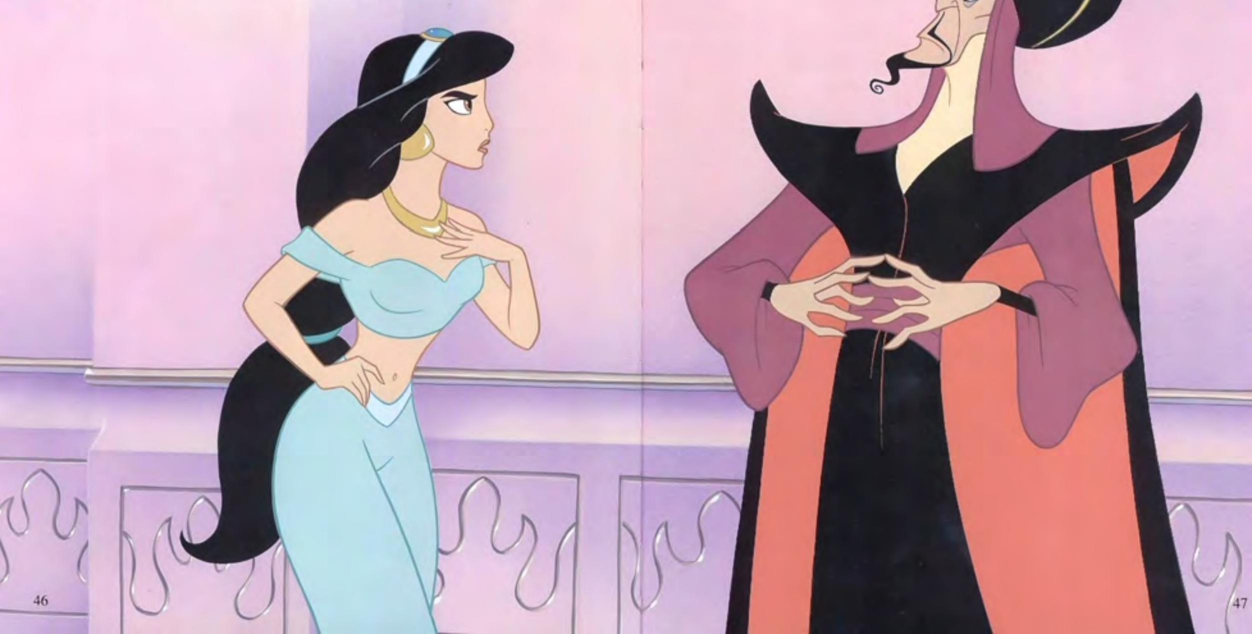
Mientras, en su laboratorio, el diabólico Yafar consultaba el mágico reloj de las «arenas del tiempo», que lanzaba rayos de energía por toda la estancia.
—¡Mostradme el diamante en bruto! —ordenó—. ¡Aquel que puede entrar en la Cueva de las Maravillas!
Y entonces… una figura empezó a surgir del remolino de granos de arena. ¡Aladdín!

Aladdín llevó a Yasmín a su terraza de la parte alta del mercado.
—¿Vives aquí? —preguntó Yasmín mirando a su alrededor.
—Sí…, Abu y yo —respondió el muchacho—. Entramos y salimos cuando queremos.
Yasmín dejó escapar un suspiro.
—¡Qué maravilla! —dijo—. A veces me siento prisionera… y ahora mi padre me obliga a casarme con alguien a quien no amo.
Aladdín la miró embobado a los ojos.
—Ojalá yo pudiera hacer algo —dijo.

De pronto, se oyó una voz desde abajo.
—¡Ahí estás! —gritó el capitán de la guardia.
Yasmín creyó que la perseguían a ella, y Aladdín no imaginó que le persiguieran a él.
—¡Vamos! ¡Sígueme! —exclamó Aladdín.
Y, sin perder tiempo, abandonaron la terraza para escapar de los guardias.

Poco después los guardias capturaron a Aladdín y le llevaban a las mazmorras. Pero Yasmín se interpuso en su camino.
—¡Dejadle marchar! —les ordenó mientras se quitaba el manto que la cubría—. ¡Soy la princesa!
El capitán y sus guardias se quedaron mudos de asombro, pero cumplían órdenes de Yafar y se llevaron a Aladdín.

Al regresar a palacio, Yasmín se enfrentó a Yafar.
—Esta mañana tus guardias capturaron a un joven en el mercado siguiendo tus órdenes —le acusó.
Pero Yafar no se asustaba con facilidad.
—Sólo cumplía los deseos del Sultán para que Agrabah sea una ciudad tranquila —dijo mintiendo descaradamente—. El joven era un criminal y su sentencia ya ha sido ejecutada.



En la mazmorra de palacio, Aladdín intentaba liberarse. Afortunadamente, Abu entró de un salto y le desencadenó. Aladdín se puso a soñar con la princesa Yasmín.

—Si pudiera casarme con ella —suspiró—. Pero sólo soy una rata callejera… ¡y un tonto!

En ese momento, un anciano apareció en las sombras.

—Sólo serás un tonto si te das por vencido, muchacho —carraspeó—. Sígueme y conseguirás riqueza para impresionar a la princesa —dijo abriendo un pasadizo en el muro.

Una vez fuera del calabozo, el anciano condujo a Aladdín, en medio de una tormenta de arena y a través del desierto, hasta la cabeza del Tigre.

—¿Quién se atreve a perturbar mi sueño? —rugió el Tigre.

—Soy yo, Aladdín.

—Puedes pasar —contestó el Tigre—. Pero no toques nada excepto la lámpara.

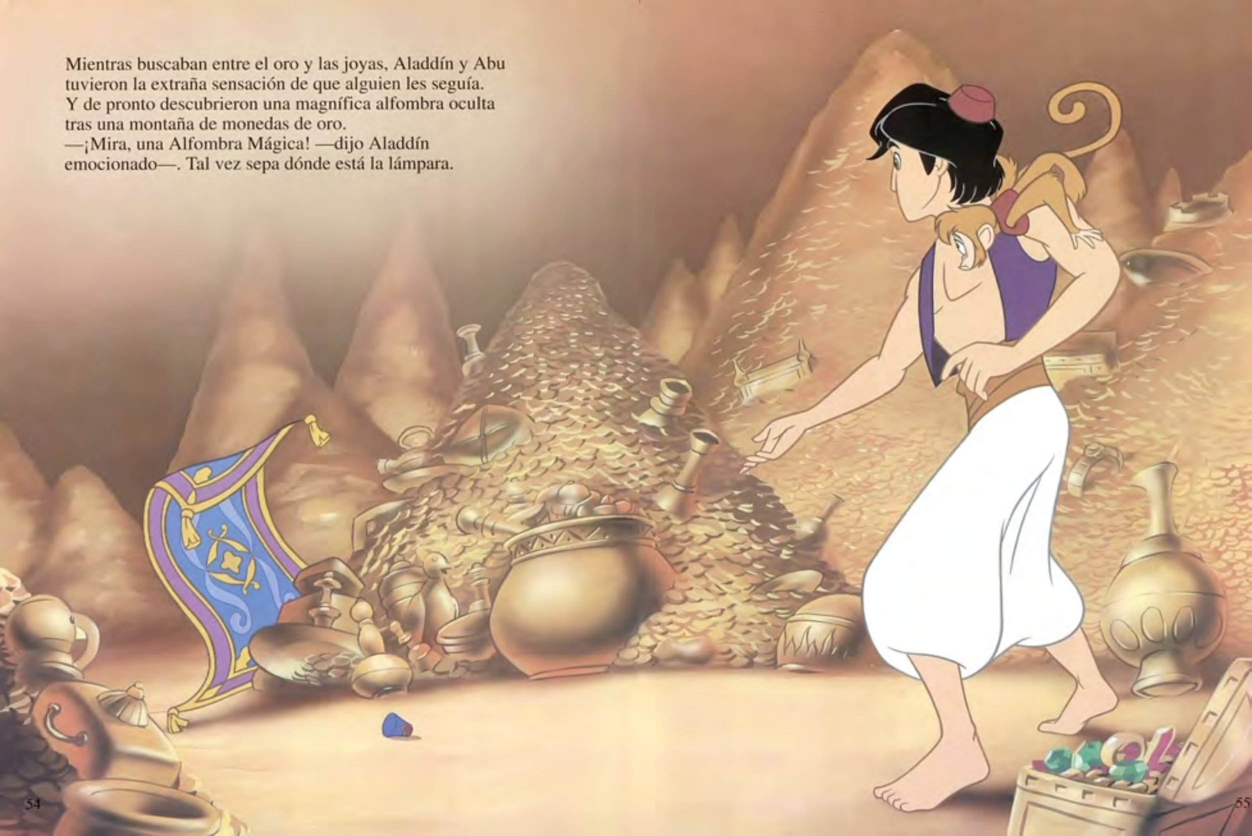
El anciano dio a Aladdín un empujoncito mientras le señalaba las fauces abiertas del Tigre.

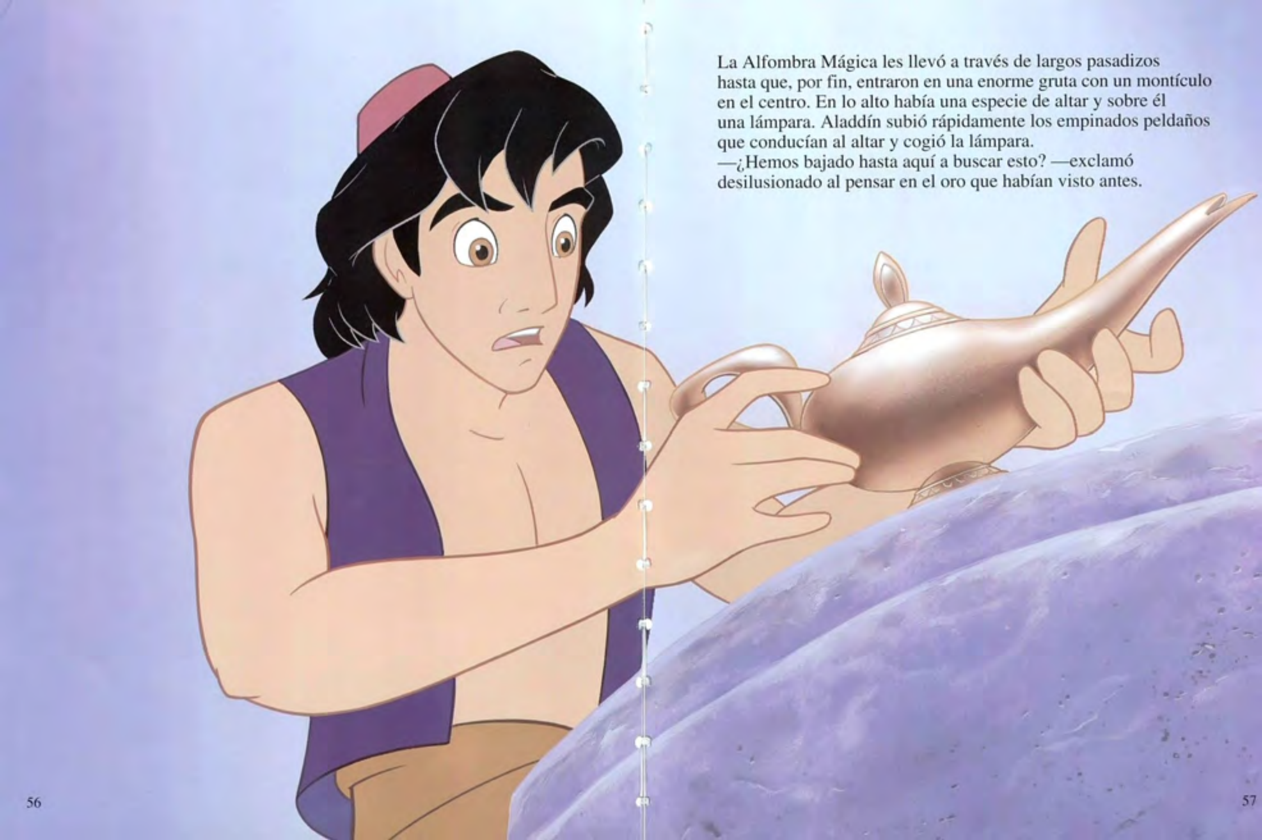
—¡Ve y tráeme la lámpara! —exclamó—. Conseguirás las riquezas que desees.

Aladdín y Abu bajaron la larga escalera de la Cueva de las Maravillas hasta que llegaron a una estancia llena de resplandeciente oro y deslumbrantes joyas.
—¡Caramba! ¡Con un solo puñado sería más rico que el mismísimo Sultán! —exclamó Aladdín.
—Ten cuidado de no tocar nada, Abu —avisó al monito—. Primero debemos encontrar la lámpara.

Mientras buscaban entre el oro y las joyas, Aladdín y Abu tuvieron la extraña sensación de que alguien les seguía. Y de pronto descubrieron una magnífica alfombra oculta tras una montaña de monedas de oro.

—¡Mira, una Alfombra Mágica! —dijo Aladdín emocionado—. Tal vez sepa dónde está la lámpara.



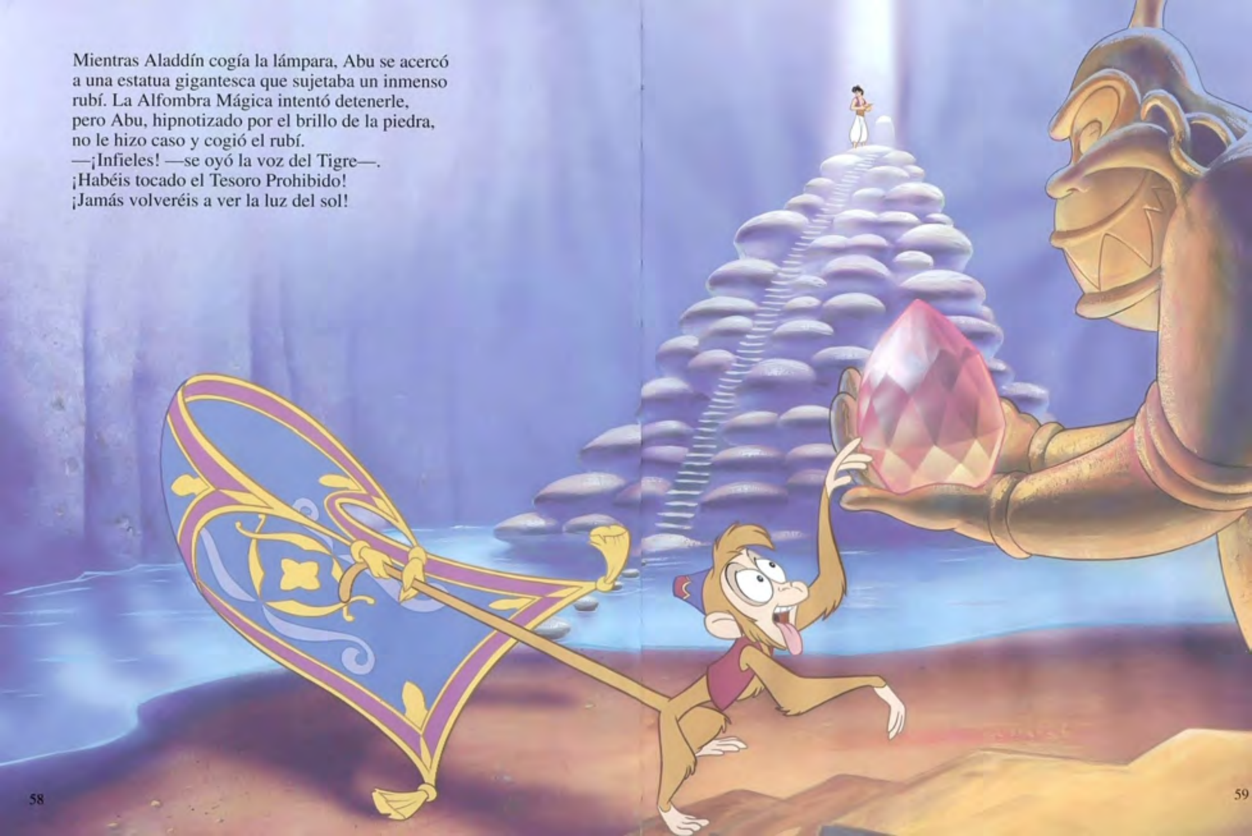


La Alfombra Mágica les llevó a través de largos pasadizos hasta que, por fin, entraron en una enorme gruta con un montículo en el centro. En lo alto había una especie de altar y sobre él una lámpara. Aladdín subió rápidamente los empinados peldaños que conducían al altar y cogió la lámpara.

—¿Hemos bajado hasta aquí a buscar esto? —exclamó desilusionado al pensar en el oro que habían visto antes.

Mientras Aladdín cogía la lámpara, Abu se acercó a una estatua gigantesca que sujetaba un inmenso rubí. La Alfombra Mágica intentó detenerle, pero Abu, hipnotizado por el brillo de la piedra, no le hizo caso y cogió el rubí.

—¡Infieles! —se oyó la voz del Tigre—. ¡Habéis tocado el Tesoro Prohibido! ¡Jamás volveréis a ver la luz del sol!

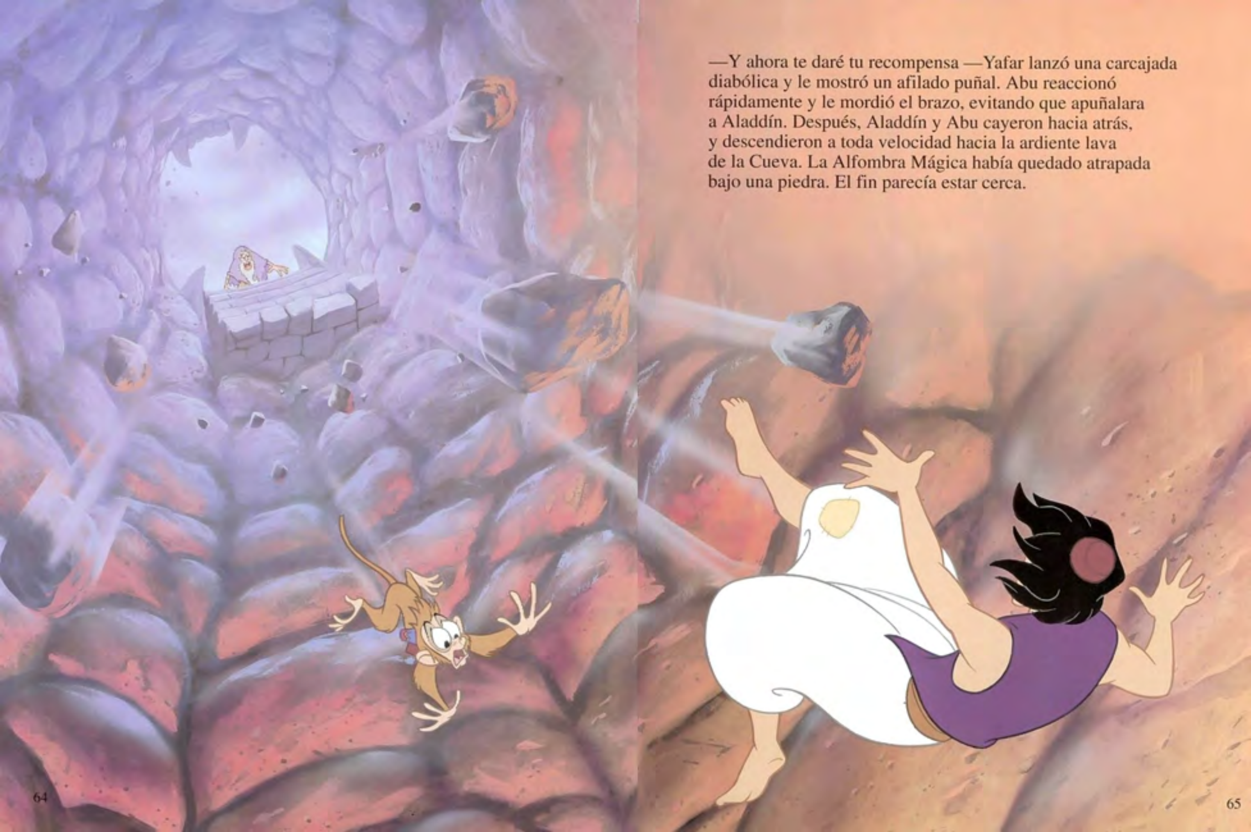


En ese momento, la estatua se derritió y el altar comenzó a desmoronarse. Aladdín corrió, esquivando las rocas que caían a su alrededor. Cuando intentó alcanzar la escalera, resbaló y empezó a caer al suelo de la gruta, que se había convertido en un ardiente mar de lava incandescente. En el último momento, la Alfombra Mágica detuvo la caída de Aladdín. Inmediatamente, voló para salvar a Abu, que se había subido a una piedra. Aladdín agarró a Abu y le subió a la alfombra de un tirón, justo cuando la piedra se hundía en la lava hirviente.

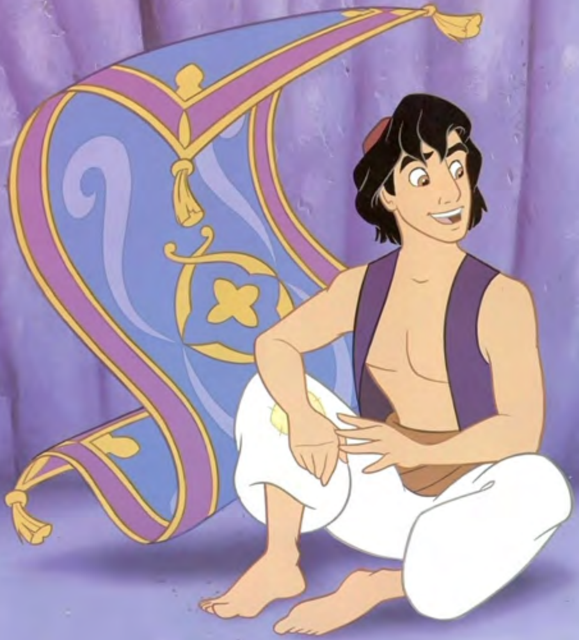
Mientras se dirigían a la boca del Tigre, una piedra tiró a Aladdín de la Alfombra Mágica. Entonces se agarró al borde de una roca y se esforzó por subir y salir de la Cueva. En el exterior le esperaba el anciano, que no era sino Yafar disfrazado.

—¡Anciano, ayúdame a subir! —gritó Aladdín a Yafar.

—¡Primero dame la lámpara! —rugió Yafar arrebatando la preciosa lámpara de las manos de Aladdín. Entonces, la levantó en el aire y exclamó triunfalmente—: ¡Al fin es mía!



—Y ahora te daré tu recompensa —Yafar lanzó una carcajada diabólica y le mostró un afilado puñal. Abu reaccionó rápidamente y le mordió el brazo, evitando que apuñalara a Aladdín. Después, Aladdín y Abu cayeron hacia atrás, y descendieron a toda velocidad hacia la ardiente lava de la Cueva. La Alfombra Mágica había quedado atrapada bajo una piedra. El fin parecía estar cerca.



Finalmente, la Alfombra Mágica logró liberarse y llegó a tiempo de recogerlos. Una vez más, había evitado un aterrizaje demasiado forzoso. Cuando el temblor de la cueva pareció acabar, Abu y la Alfombra Mágica despertaron a Aladdín, que había quedado aturdido.

—Ese traidor nos engañó —dijo, amenazando con el puño—. Y ahora estamos atrapados.

Abu sonrió y le enseñó algo que llevaba oculto a la espalda.

—¡Es la lámpara! —exclamó Aladdín—. ¡Eres un mono muy listo! ¡La has recuperado!

Aladdín frotó la lámpara para leer unas palabras que había escritas y…, de pronto, comenzó a brillar y a agitarse. Después, un estallido de luz y una enorme nube de humo salieron de ella, girando como un remolino. Finalmente, el humo se convirtió en un gigantesco Genio azul.

—¡Fiuu! Diez mil años es demasiado tiempo para estar encerrado en una lámpara tan pequeña —dijo el Genio azul cuando el humo hubo desaparecido.

—¿Quién eres? —preguntó Aladdín en tono burlón.

—¡Yo soy el genial, el siempre imitado pero inigualable Genio de la lámpara! Y tú, mi afortunado amo, puedes formular exactamente tres deseos…, ni más ni menos.

—Si de verdad eres un Genio tan poderoso —le dijo Aladdín—, ¿por qué no puedes sacarnos de esta Cueva?
El Genio se dejó engañar por el truco de Aladdín y les sacó de la Cueva en un abrir y cerrar de ojos. En seguida se elevaron sobre el desierto y emprendieron el vuelo hacia Agrabah en la Alfombra Mágica.
—¿Y qué pasa con mis tres deseos? —preguntó Aladdín.
—Ya has formulado el primero —contestó el Genio.
—¡Ni hablar! —dijo Aladdín sonriendo satisfecho—. Yo no te pedí salir de la Cueva. ¡Nos sacaste porque quisiste!

—Lo que realmente quiero —dijo Aladdín cuando llegaron al oasis al que les llevó el Genio— es convertirme en príncipe. Así podría cortejar a Yasmín.

Inmediatamente, el Genio azul se dividió en varios genios que revolotearon alrededor de Aladdín, y le arreglaron de la cabeza a los pies para satisfacer sus deseos. El Genio empleó toda su magia para transformar a Aladdín en un príncipe.

En el palacio, Yasmín estaba regañando a Yafar.
—¡Esto es un escándalo! —exclamó—. ¡Te ordeno que me consultes antes de sentenciar a la gente!
Yafar le pidió humildes disculpas, pero Yasmín en ningún momento creyó que el malvado lo sintiera.
—Yafar, cuando me case, yo seré la reina —dijo enfadada—, y entonces tendré poder para librarme de ti.

—¡Estás magnífico, Al! —dijo el Genio después de vestir a Aladdín con elegantes ropajes—. Realmente, pareces… ¡un príncipe!

Con su nuevo traje, Aladdín estaba preparado para visitar a Yasmín en el palacio.

—¡Vamos! —anunció el Genio—. ¡Realicemos en la ciudad de Agrabah la entrada triunfal del príncipe Alí!

Las calles de Agrabah parecían una fiesta.
La gente acudía en tropel a contemplar el fabuloso desfile de elefantes, bailarinas y lanzadores de puñales que el Genio había organizado para acompañar la entrada de Aladdín en la ciudad.
—¡Abran paso al príncipe Alí! —gritaban los soldados, ataviados con vistosos trajes.
El Genio había transformado a Abu en un elefante, y la multitud aplaudía a su paso.

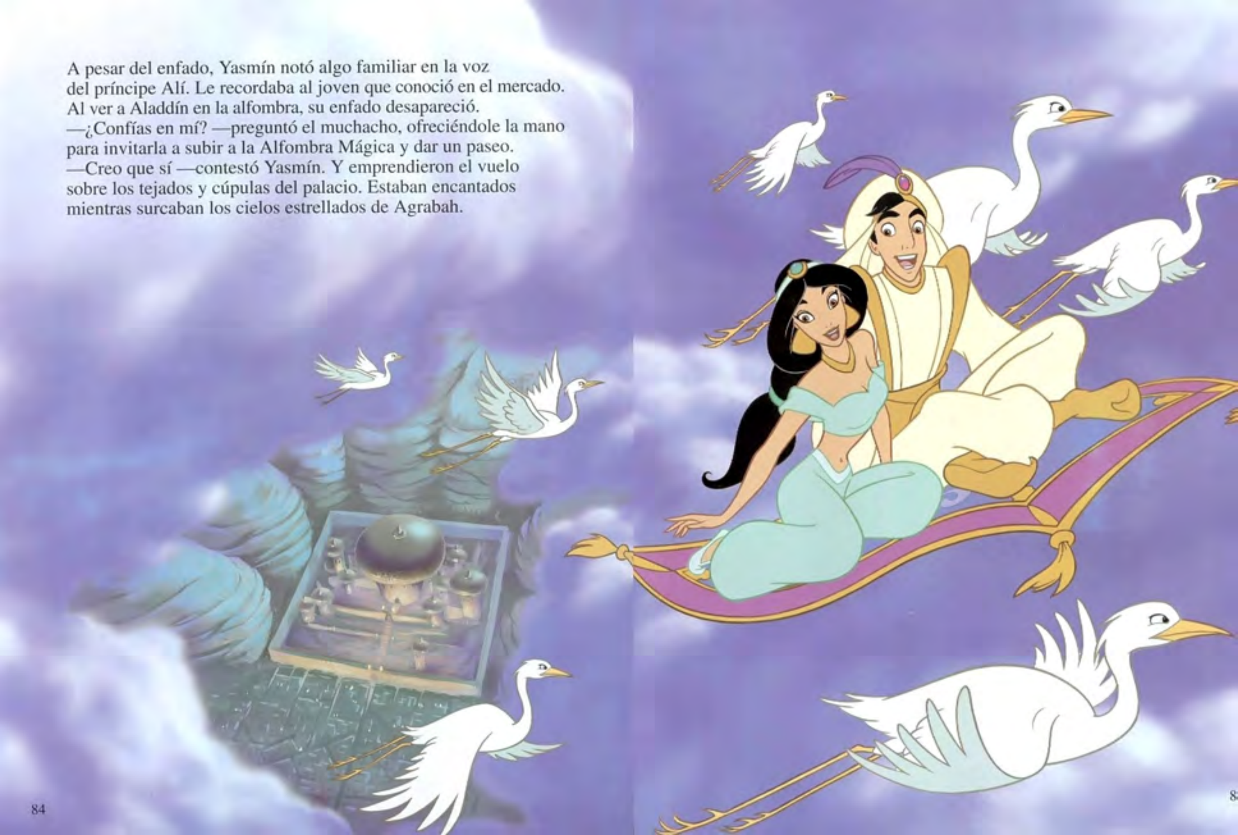
—¡Espléndido! —dijo el Sultán a Aladdín, que había llegado volando a la sala del trono sobre la Alfombra Mágica.
—Majestad, vengo de muy lejos a pedir la mano de vuestra hija —anunció Aladdín haciendo una reverencia al Sultán.
—Me gustas, príncipe Alí —contestó el Sultán, encantado de la aparición del joven príncipe.

Más tarde Aladdín acudió, vestido de príncipe Alí, a visitar a Yasmín.
—¿No te he visto antes en alguna parte… en el mercado? —preguntó Yasmín.
El Genio había intentado convencer a Aladdín de que se comportara con naturalidad, pero, en lugar de escuchar sus sabios consejos, Aladdín trató de impresionar a Yasmín con grandilocuentes palabras.
—Oh, no. Es imposible que fuera yo. Son mis sirvientes los que van al mercado —se jactó.
—No eres más que otro príncipe fanfarrón como los demás —exclamó Yasmín decepcionada—. No me interesas.

A pesar del enfado, Yasmín notó algo familiar en la voz del príncipe Alí. Le recordaba al joven que conoció en el mercado. Al ver a Aladdín en la alfombra, su enfado desapareció.

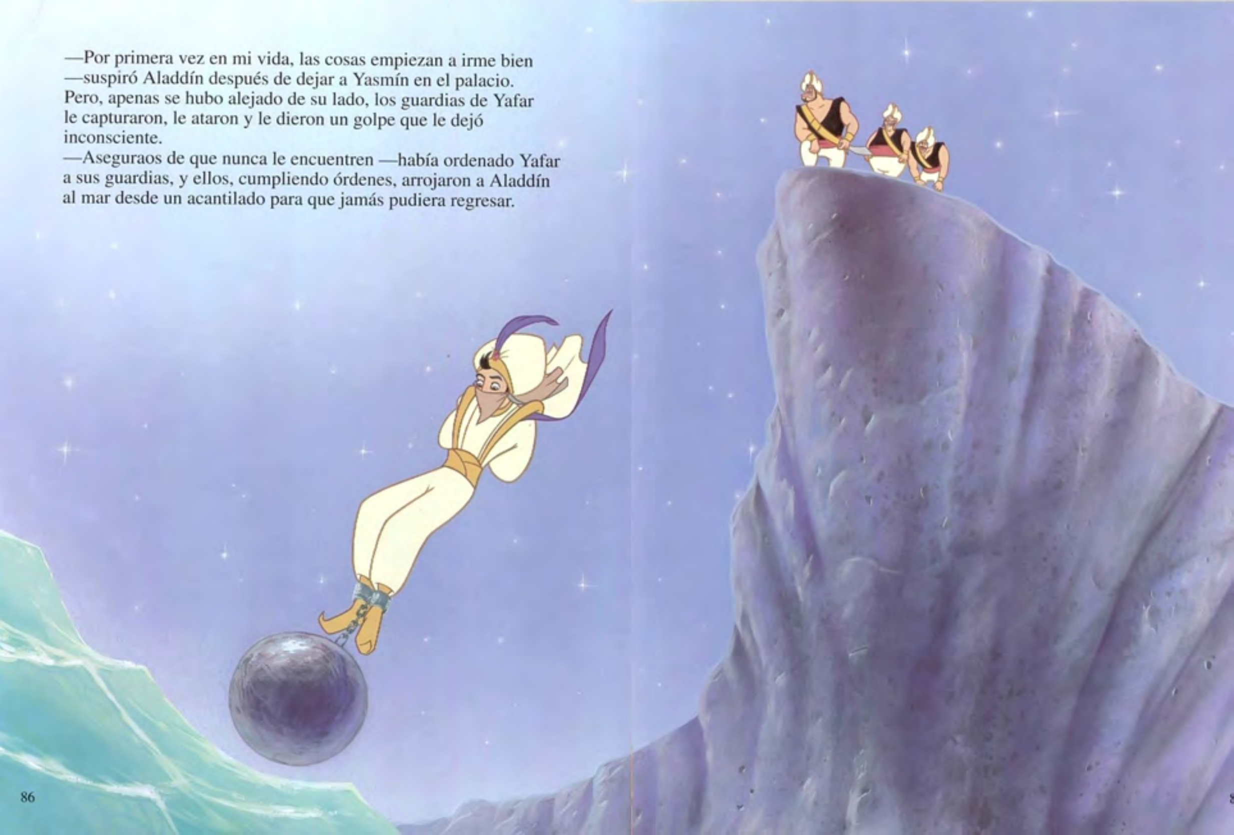
—¿Confías en mí? —preguntó el muchacho, ofreciéndole la mano para invitarla a subir a la Alfombra Mágica y dar un paseo.

—Creo que sí —contestó Yasmín. Y emprendieron el vuelo sobre los tejados y cúpulas del palacio. Estaban encantados mientras surcaban los cielos estrellados de Agrabah.



—Por primera vez en mi vida, las cosas empiezan a irme bien —suspiró Aladdín después de dejar a Yasmín en el palacio. Pero, apenas se hubo alejado de su lado, los guardias de Yafar le capturaron, le ataron y le dieron un golpe que le dejó inconsciente.

—Aseguraos de que nunca le encuentren —había ordenado Yafar a sus guardias, y ellos, cumpliendo órdenes, arrojaron a Aladdín al mar desde un acantilado para que jamás pudiera regresar.



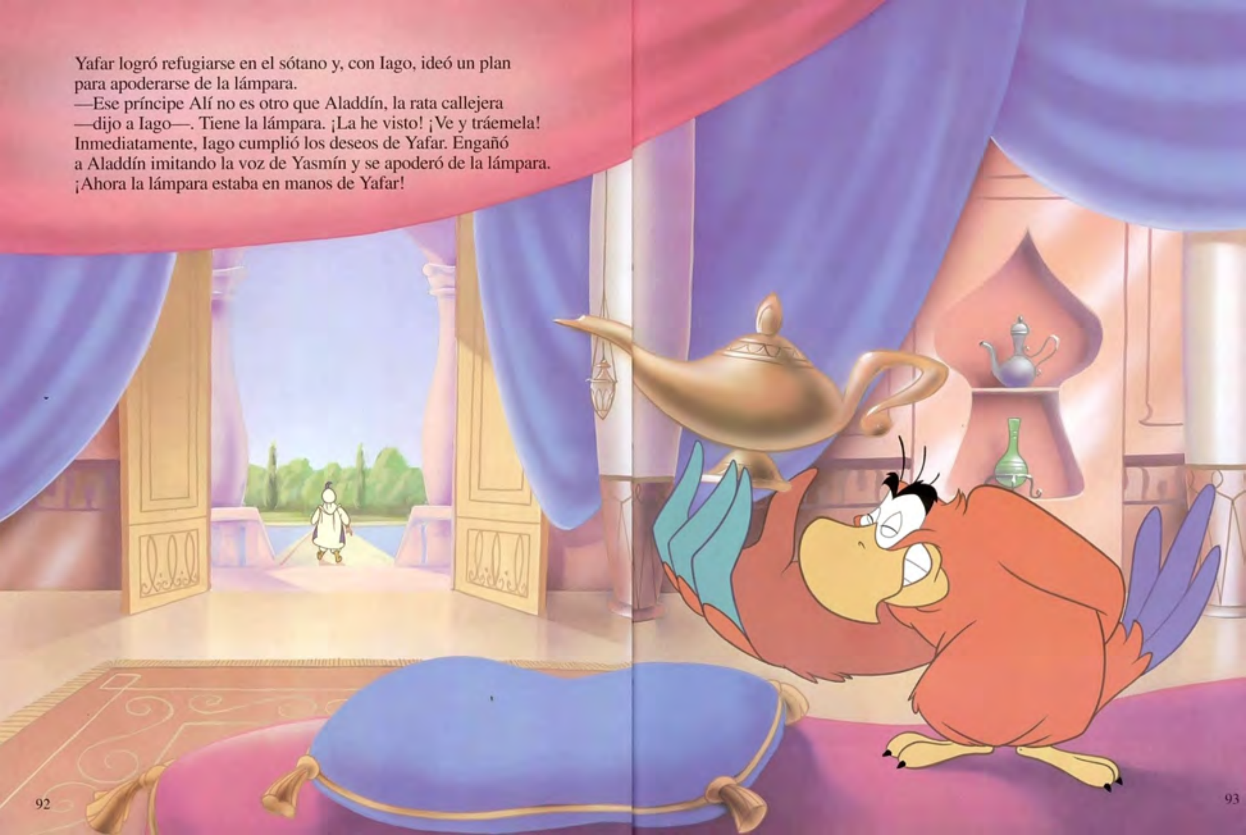
Aladdín se hundió hasta el fondo y estaba a punto de ahogarse, pero al intentar liberarse de sus ataduras, rozó la lámpara con una mano, y en seguida apareció el Genio.
—Está bien, lo tomaré como un deseo y te sacaré de aquí —dijo el Genio ante el movimiento de cabeza de Aladdín.
—Gracias, Genio —murmuró Aladdín, una vez a salvo en tierra firme.
—Al, no vuelvas a darme un susto —dijo el Genio, que había cogido cariño a su amo.

Mientras, Yafar estaba hipnotizando al Sultán para lograr que le diera a Yasmín por esposa, y así convertirse en sultán. Pero Aladdín llegó justo a tiempo de detener los planes de Yafar.
—Majestad, Yafar os ha estado controlando con esto —dijo Aladdín al Sultán, lanzando contra el suelo el bastón con forma de serpiente de Yafar. El Sultán salió inmediatamente del encantamiento.
—¡Yafar, traidor! —exclamó el Sultán—. ¡Guardias, apresadlo!

Yafar logró refugiarse en el sótano y, con Iago, ideó un plan para apoderarse de la lámpara.

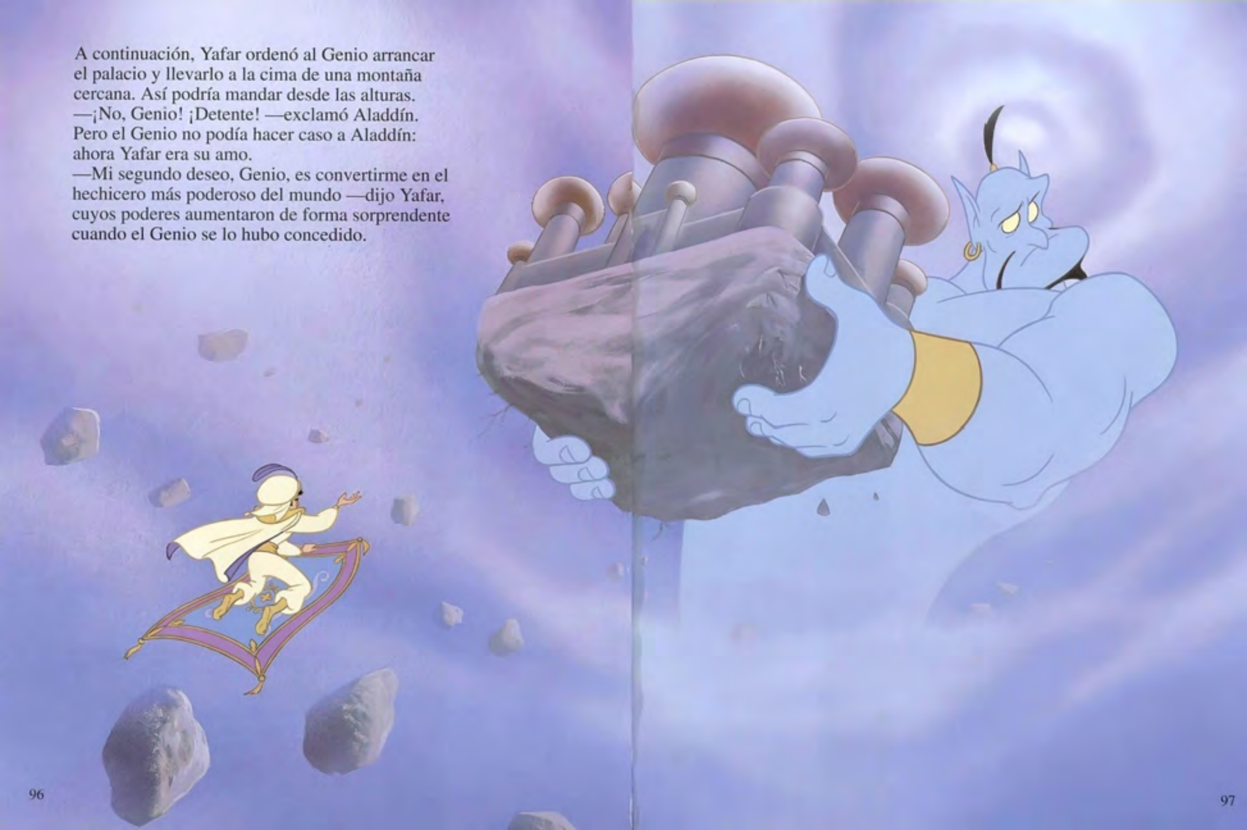
—Ese príncipe Alí no es otro que Aladdín, la rata callejera —dijo a Iago—. Tiene la lámpara. ¡La he visto! ¡Ve y tráemela!

Inmediatamente, Iago cumplió los deseos de Yafar. Engañó a Aladdín imitando la voz de Yasmín y se apoderó de la lámpara. ¡Ahora la lámpara estaba en manos de Yafar!



El Genio no podía dar crédito a sus ojos cuando salió de la lámpara. Aladdín había sido sustituido por un nuevo amo, ¡el malvado Yafar!
Aunque la situación no le gustaba nada, el Genio estaba obligado a conceder tres deseos a Yafar.
Lo primero que Yafar pidió fue convertirse en Sultán.

A continuación, Yafar ordenó al Genio arrancar el palacio y llevarlo a la cima de una montaña cercana. Así podría mandar desde las alturas.
—¡No, Genio! ¡Detente! —exclamó Aladdín.
Pero el Genio no podía hacer caso a Aladdín: ahora Yafar era su amo.
—Mi segundo deseo, Genio, es convertirme en el hechicero más poderoso del mundo —dijo Yafar, cuyos poderes aumentaron de forma sorprendente cuando el Genio se lo hubo concedido.



Yafar comenzó quitando a Aladdín su traje de príncipe y devolviéndole sus harapos ante los ojos de Yasmín. Después, Yafar envió a Aladdín y Abu al Polo Norte.

—Lo siento Abu, lo he echado todo a perder —se lamentó Aladdín mientras excavaba en la nieve para rescatar al mono—. ¡Tengo que regresar y solucionar el problema!

Cuando encontraron la Alfombra Mágica, se montaron en ella, subieron al cielo y pusieron rumbo a Agrabah.

Mientras, en el interior del palacio, Yafar había convertido al Sultán en una marioneta y encadenado a Yasmín. Iago humillaba al Sultán y Yafar obligaba a Yasmín a comportarse como una sirvienta. Pero cuando ella se negó a obedecerle, el malvado pensó en el modo de obligarla a gobernar a su lado.

—Genio, he decidido mi tercer deseo —anunció—. Quiero que la princesa Yasmín se enamore locamente de mí.

Yafar ignoraba que el Genio no podía hacer que alguien se enamorara en contra de su voluntad.

En ese instante, Yasmín vio a Aladdín escondido muy cerca de ellos e ideó un plan para ayudarle a recuperar la lámpara.

—Yafar —le llamó con dulzura, fingiendo estar enamorada de él—. No me había dado cuenta de lo increíblemente guapo que eres.

El orgulloso Yafar se tragó el engaño.

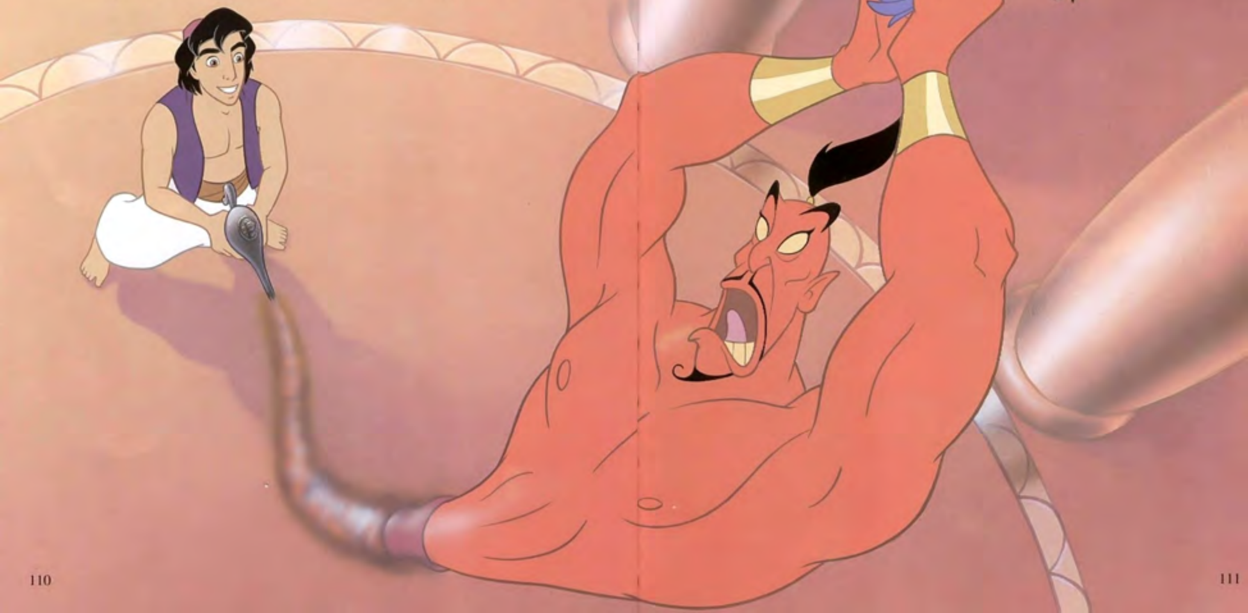
—Dime más cosas agradables sobre mí —dijo con voz melosa.

Un instante después, también Yafar
vio a Aladdín, y decidió poner
en marcha el poder de su magia.
—¡Se acabó tu tiempo, princesa!
—dijo mientras encerraba a Yasmín
en un gigantesco reloj de arena.
La arena empezó a caer y, poco
a poco, la iba enterrando.
Después, convirtió a Abu
en un juguete y encerró a Aladdín
en un círculo de espadas y llamas.
—¿Tienes miedo de luchar
conmigo, traidora serpiente?
—le desafió Aladdín.

—¿Conque soy una serpiente…? —siseó Yafar—. Quizá quieras ver la serpiente que puedo llegar a ser.
Rápidamente se transformó en una cobra gigante que se alzó ante Aladdín con dos enormes colmillos y una larga lengua bífida.
Aladdín tenía muy pocas posibilidades de ganar aquel combate, pero se le ocurrió una brillante idea.
—¡El Genio tiene más poder del que tú tendrás jamás! —gritó.

—¡Tienes razón! —contestó Yafar—. ¡Mi poder es inferior al del Genio! Pero no por mucho tiempo. Entonces, el Genio trató de razonar con Yafar, pero el siniestro hechicero, que nada deseaba tanto como el poder absoluto, se le acercó amenazante.
—¡Genio! —gritó—. ¡Concédeme mi tercer deseo! ¡Quiero que me conviertas en un GENIO TODOPODEROSO!
—¡Tus deseos son órdenes! —respondió el Genio sin entusiasmo. Inmediatamente, Yafar se convirtió en un enorme genio.

—¡El universo entero está bajo mi control! —gritó el genio Yafar mientras se elevaba al cielo y giraba encantado de su poder. Aladdín siguió con su plan. Cogió la lámpara y se dirigió al remolino que el malicioso Yafar había creado a su alrededor.
—¿No has olvidado algo, Yafar? —exclamó, sujetando la lámpara—. Querías ser un genio… ¡y lo has conseguido!… pero ¡con todas sus consecuencias!
Yafar gritó al ser absorbido por la lámpara, y a Iago con él.



Todos quedaron libres y recuperaron su estado normal. Aladdín empleó su último deseo en liberar al Genio de su prisión.
—No importa lo que diga la gente, Al. Para mí siempre serás un príncipe —dijo el Genio al despedirse.
—¡Es cierto! ¡Lo has demostrado! —dijo el Sultán—. ¡Tendremos que cambiar las leyes para que Yasmín se case con quien quiera!
Y, por supuesto, la princesa eligió a Aladdín.

© Disney
CSRVALA97-08
1998 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-0008-0
Depósito legal: LE. 610-1998
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.

Los Clásicos Disney

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney**, ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia
El Rey León II - El tesoro de Simba
El Príncipe y el mendigo
La Navidad de Mickey • Tarzán

Ediciones Gaviota

ISBN 84-392-0008-0
9 788439 200086